

RAMÓN BUENAVENTURA

TRES MOVIMIENTOS ¹
(1980 - 1981)

¹ Madrid: Hiperión, 1981.

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Andante Barbaro

En la noche final es conducida a la zona de danza una hermosa muchacha, que viene pintada, ungida y con traje de ceremonia. De inmediato se la obliga a tenderse en el suelo, debajo de una especie de plataforma fabricada con pesadísimos troncos de árbol. Allí, a la vista de todos los que participan en el festival, van yaciendo con ella, uno por uno, los iniciados. Mientras la está tomando el joven a quien corresponde el último turno, alguien descoge la sujeción de los troncos y la plataforma cae en medio de un prodigioso estruendo de tambores. Se alza un espantable ruido. Luego, sacan de debajo de los troncos a los jóvenes muertos, los trocean, los asan y se los comen.

Joseph Campbell, *The Masks of God*, tomo I, *Primitive Mythology*, págs. 170-171. Citando no literalmente a Paul Wirz, *Die Marind-anim von Höllandisch Süd-Neu-Guinea* (Hamburgo: L. Friedrichsen y compañía, 1922-25).

«*Gran asno tú, Ramón: no ha habido puta que no naciera virgen*»². Tigre Blake:

la pureza es un lujo religioso;

jamás ha habido putas,

ni vírgenes,

ni esposas;

sólo madres,

mordiscos vaginales;

sólo hijos.

Pero el verbo,

de cierto,

se conjuga:

el verbo que era verbo sin el verbo.

(Cuánto aullido tachado, Minerva

Cecropiana,

Venus Pafiana,

Diana Dictiniana,

Prosérpina infernal,

Ceres, Juno, Belona,

Hécate, Ramnusia,

Isis,

Inana,

Ishtar.

Qué redolor en solas cuatro letras.

Qué cabaña de esclavos por un infinitivo.)

Porque amar es el verbo conjugable,

conjuguemos;

con saña de pretérito, con ira de futuro,

²

Truly, my Satan. Thou art but a Dunce,
And dost not know the Garment from the Man.
Every Harlot was a Virgin once,
Nor can'st thou ever change Kate into Nan.

con toques de presente mentiroso,
conjuguemos,
hermanos,
conjuguemos:
¡dale que dale al verbo tamboril,
al parche y a los platos!

Si yo amo,
no hace falta rajarse los atambores
para mostrar el truco del vacío:
en el vientre del ruido el silencio se aburre
(o Adán ama a Lilith³, Eva es la Esposa .
Verbo feroz, tullido,
por el que siempre alguien,
sujeto,
complemento,
entre bostezos finge con las caricias
flácidas.

El amor es un lujo de subdesarrollados
en trance de despegue,
de horterillas
a punto de saltar la valla de las letras.
Es invento
(en todas las culturas, metáfora a metáfora,
noche, perlas, marfil, oro, palomas)
de señoritos lánguidos,
ricos y ociosos,
putañeros y puros.
A ellos,

³ **Lilith:** En escritos rabínicos, primera mujer de Adán, que lo abandonó. Era un demonio (su nombre significa «monstruo de la noche»): ni tres ángeles lograron obligarla a regresar con su marido.

les dura un par de siglos y lo olvidan.
Ahora
sólo aman los muelles burgueses vaporosos,
los auténticos
marginados,
los que no pertenecen a ningún estamento,
los que andan muy cerca,
los que tienen un primo que se muere de
hambre o de tedio
y un tío en cuarto grado de que fue
gobernador,
o ministro,
o purpúreo Señor de los Negocios;
los que miran los cuerpos que nunca han de
tocar;
los que jamás visitarán la cárcel;
los que coinciden con, algunas veces;
los que tienen las alas pegadas al culo
y no saben
distinguir entre plumas y excremento.
Tales son los que aman.
Los que habrían podido.
Los que acaso, tal vez, si ocasión se les diera.
Los que nacieron con bandera blanca,
prevividos.
Los que creen que se muere sólo un rato.
Los que piensan dejar a sus hijos en un
mundo mejor.
Los que enmarcan poemas de poetastros
persas.
Los que toman por suya la patria de los ricos.
Los que claman que el orden injusto es mejor
que el desorden

justiciero.

Los que esperan hallar la coartada cuando
llegue el momento.

Tales son los que aman.

El amor,
doncellas y donceles,
es un vicillo oculto, una cuasilujuria
que se puede airear ante la gente,
exhibir,
sin que nadie se ponga a gritar ¡pecadores!
y demás moraldajas.

El amor es un filtro de Grandes Almacenes
para sentirse
tan varón o tan hembra como Aquél como
Aquélla,

sin tener que enseñar los genitales.
Nada más exquisito que un pecado que el
orden reabsorbe.

Cuánto huelga la gente,
Señor,
cuánto huelga la gente
contemplando el infierno por una claraboya,
mientras los alguaciles
en la cola del cielo les guardan la vez.
Hay que pecar en serio,
pequeñitos;
porque el amor no queda tan decente,
tan honesto,
tan palmadita,
tan ósculo en la frente de la casta doncella de
provincias,
cuando se sabe.

Entonces,

hay que decirlo,
es un grueso pecado incondonable.
«Te amo», me dijo; me retiñó la frase en el
tímpano, señal de alarma, ladrón en casa,
latente desvalijamiento; chantaje, pensé,
carga en los brazos cuya gravedad repudio
con todo mi vigor centrípeto; dije, por ende:
«Yo también». Esplendente diálogo caris-
mático que altera para siempre nuestra rela-
ción humana y sus reglas. Qué más daba:
había tomado la decisión de respetar todos y
cada uno de los reglamentos, en la más
refinada forma de suicidio jamás lucubrada.
Toreo de salón, tenis, fútbol, cortesía, ur-
banidad, manejo artístico del tenedor. Espe-
raba que, por exceso de cumplimiento, se me
retesara el alma, se me quedara quieta para
siempre. Única forma de *incumplir* en
aquellos tremendos momentos. Sagrada
Catatonia, necesaria sublimación de la Esqui-
zofrenia Redentora. Amémonos, pues, señora
mía, mi linda enamorada. Como los buenos
profesionales que somos.

Yo
y tú
son palabras,
son sílabas,
son letras;

durante un par o dos de eternidades
(de mollicios minutos),
en una buena coctelera erótica
y,

tal vez,
si sois de los que creen que existen las
palabras
y no su contenido,
obtenzáis ese rico combinado,
tan alible,
que se llama *nosotros*.
Bebéoslo de un trago:
nada hay
que aconseje añejarlo:
no mejora
ni con el tiempo ni con buena madre.
Nosotros
se descompone pronto en tú más yo.
Bebéoslo de un trago,
hacedme caso,
coged la gran tajada de nosotros.
Los enanos vestidos de terciopelo loco
en silencio no sufren el derrame del sol.
«Ya no queda futuro. Las mañanas
es menester ganárselas por la dura vigilia».
Y los versos al menos se crían en presente.
La enzima β -galactosidasa
convierte la lactosa del yogur y la leche
en galactosa
y glucosa
—azúcar digestible.
Cualquiera que carezca de tan fabril enzima
si bebe leche arrojará de sí
fuertes aires.
¡Espíritus purísimos!
Suave el verano. Tierna,
ella me dijo, suave,

con su voz de silencio:

- «Muérete un poco, ¿quieres?
- »Autópsieme el amor,
- »lee en mis vísceras,
- »clasifica mis sueños
- »por orden de materias.
- »Viril fornicador.
- »Mastúrbate de mí,
- »ensánchame los muslos,
- »méteme en tu catálogo,
- »ensúciame los genes.
- »Será como te plazca,
- »pero, muchacho, dime:
- »¿por qué no te me mueres?»

Yo creí ser donaire, y me reí.

Chimpancé presentido: cuando vuela
se le desjunta el ala del costado derecho,
arráncase a llorar, y con las lágrimas
se le disuelve el ala que le queda.

Chimpancé presentido: la cola se rezaga,
pero acaba creciendo, a los impulsos
de la sal y la gracia. La cabeza
se le mengua al amar. La dentadura
en un pezón de hembra se le amuela.
Y al pasar bajo el árbol del mercado
se le cubre la piel de pelo hirsuto.
Ya sólo queda el salto.

Chimpancé

presentido:

tu destino en la vida vas cumpliendo.

Yo

y tú

con un montón de arena: a martillazos

de corazón y tibias;
son los hijos
que hemos ido matando,
yo
y tú,
cada cual asesino por su parte.
Con tan buena,
 tan dulce,
 tan humana herramienta,
con tal materia prima,
qué trabajo de orfebre,
 nuestro lindo,
rejileto, pulido, retozón,
nosotros.

If you can keep your head when all about

Are losing theirs and blaming it on you /
si al sonreír, del rostro, como un sapo
huyendo de la horquilla, se te escapa
el labio superior y, amollecido,
te cuelga el inferior, enorme bamba;
si al saludar a tu mejor amigo,
el que se fue llorando sobre el agua,
los brazos se te menguan a muñones
y como piedras se te caen las manos;
si te palpas el vientre por el sexo
y allí no encuentras más que lisa ausencia
y ves en la pared de un salón victoriano
el carnoso amuleto que fue tuyo;
si miras el reloj y descubres un hoyo
en el pulso de miles de segundos,
y al fondo una luciérnaga tristísima
que de pronto se apaga, y hace frío;

si cuando te aderezas a leer
del libro favorito necesitas
barrenas para abrirlo, y una grúa
para alzarle las páginas gripadas;
si estás parlotando con tu amada
y tienes que buscar cada dulzura
que le escuchas en un vocabulario
de voces olvidadas por los dioses;
si en todas las cabinas telefónicas,
en lugar de asesinos lenguaraces,
se esconden franciscanos que te ofrecen
confesión, amnistía y paraíso;
si hay mujeres hermosas, y jamás
las has visto mudarse de belleza
cuando tú ya no estás y ellas descubren
que tus ojos no son los más amables;
si no estás rodeado de candorosas vírgenes
y no has muerto jamás de violenta muerte
/ Yours is the Earth and everything that's
in it
And, which is more, you'll be a Man,
*my son*⁴.

Y tu libido lívida, coraza
de terneza;
tu libido de cierva consentida
me tiene ennubecido de sorpresa.
¿Cómo puedes vivir tan rosamente?
¿Cómo es que nunca alegras el adagio?

⁴ Este fragmento, y el anterior en inglés, proceden del famoso «If» de Rudyard Kipling. Un poema que sus admiradores suelen achinchetar a la pared de sus cuartos de trabajo; pero quitándole el 'if': dan por sentado que la condición, en ellos, espléndidamente se cumple.

¿Cómo manos tan lisas te soportan el gesto?
¿Con qué esqueleto tierno te sostienes en
pie?

¿Dónde te has hecho, linda, guapalinda,
tu beatitud geométrica de jardín de franceses,
ese absoluto

de rosa terminada y repasada?

¡Oh qué gozo, qué gozo, si algún día
te cediese la faja de entrepierna
y te saltara disparado el sexo!

¡Oh qué gozo tan grande, si quedaras
en estado de buena primavera!

Ni tus miles de manos pudorosas
lograrían taparte la barriga.

Que tu libido lívida, coraza,
me tiene tenuemente trastornado.

Y

y tú,

si lloramos

(y habrá que confesar que hemos llorado)

lloraremos las lágrimas de lija

que raspan la esperanza.

Que no queremos.

Que no nos dé un ataque de esperanza.

Que podamos barrer las limaduras
de la esperanza.

Para fundirnos, sí, mas no para verternos
en ningún recipiente,
en nada que dé forma,
que mantenga.

Fundidos y dispersos, porque, a ver,
¿cómo diablos conservar el fuego,
si no en fotografía?

Las fotos no calientan,
y yo y tú
lo sabemos.
Lo mejor que una llama puede hacer
es quemar y extinguirse y dejarse de gaitas.
Cabría preguntar:
¿nos importan las marcas en el lomo,
la baba rezumante en los labios,
los ojos como clavos?
¿Nos importa
que esto sea un ensayo general de nuestra
inmolación definitiva,
irremediabilmente separada?
Pues no,
qué va,
no mucho:
las imágenes
literarias
matan poco.
*Hubo un día en que ambos acordamos
que tú eras yo, que yo era tú.
¿Qué nos ha sucedido desde entonces,
que tú eres tú, que yo soy yo?*⁵
Conocí a una mujer cuyo único objeto
vital consistía en ser amada. Fue patético
verla vivir a los contrapuestos impulsos
del amor que le iba llegando, como por
caridad, cuando ella era, de hecho, el ser
más amable con quien me he tropezado.
Quiero decir: el ser que menos nece-

⁵ Bhaṛhari, poeta sánscrito del siglo VII. Traduzco de la
versión inglesa de J. Brough, Penguin Books.

sitaba del amor ajeno para justificar su presencia en este planeta. Nunca se admitió a si misma, y todos la engañaron. Incluso yo, que, a fuerza de tiempo, había llegado a acceder al secreto. Pero es que hay seres tan vitales, que nada puede explicárseles con palabras. Ni siquiera su autodestrucción.

Aún

no es mediodía;

ya

te vas muriendo.

Caprichosa cabeza tornadiza:

que no

se te queda

una ideílla quieta ni un segundo.

Amarte es venatorio.

Muñequita era limpia, olorosa y cerúlea:

se te bebía el semen mirándote a los ojos:

más lustral que la sangre. Su sonrisa te

amaba,

su vagina era un tierno estuche estremecido,

sus pechos gozquecillos te lamían las manos,

sus pies te dibujaban exactísimas huellas,

su voz era tu nombre con todos los sentidos.

Tú estrenabas un ritmo cada tarde.

«Nosotros somos tú», viscosa, dijo;

y tú, que lo sabías, eras tú.

Una caricia a técnica y a tiempo

despertó los borbores de su piel:

le quedaron los muslos hechos brazos

en que entrar largamente, huésped lento,

apostentado, tácito, estival:

no era tu casa, pero estabas vivo.
Tenía verdemente las algas en el pelo,
en la frente sirenas a punto de callar;
despojándose iba, vergüenza por vergüenza,
de las siete purezas (Don Juan, la monja, el
velo).

Tú asentabas su vulva en la palma derecha
y atlético la alzabas, toda cuerpo, hacia el
cielo.

La ofrendabas al dios que sabe que eres tú;
bella imagen que el sol trocaba estatua.
Era también muñeca sin preguntas;
al roce de los dedos se te abría,
flor de celo, lujuria de golosa;
por su cuerpo el otoño era belleza
sin el rencor total de los veranos.
Inocente su carne te absorbía:
tú entrabas por doquier, músculo líquido.
«Cebo de sueños húmedos», amoroso,
pensabas,
cavándote en su pelvis un puesto en el
pasado,
su sitio en la vitrina de los trofeos fríos.
Se defendía en vano: caricias insultantes.
Tú entonces escribías con soplete oxhidrónico
y amabas como ama su presa el entomólogo:
con pasión linneana, con ansia de catálogo.
Tu memoria era nombres.
Que tú no me recuerdes, muñeca, como era.
Adiós, Miss American Pie⁶:
It's all over now, baby blue⁷,

⁶ Referencia al «Miss American Pie» de Don McLean.

pero ¿a ti qué te cambia, porcelana?
Todos los dioses se hartan de creación.
Yo, diosesno, no voy a ser distinto;
y es el amor amarga obra
siempre.
Siempre.
La eternidad es una lágrima
esférica,
una sal de tristeza.
Llórame, porcelana, llórame:
del amor no hay más prueba que el llanto
(y el molde
de tu pecho en la arena:
efímero y venéreo, como toda verdad).
Adiós,

Miss American Pie.

Con tanta ocultación te manifiesto
el desamor con que te estoy amando,
que a veces las verdades que te miento
son siempre sueños de hacer cotidiano.
Cierro los ojos y los tengo abiertos,
quieta la lengua por seguirte hablando:
sin los labios te beso, y sin los dedos
tu unto de caricias como dardos.
Nuestro amor absoluto es un momento
que no tolera límites humanos.
Yo
y tú,
grabando a diente limpio nuestro ser
en el cuerpo del otro

⁷ Bob Dylan.

—en el pecho, en el sexo, en las nalgas, los
labios.

La rabia de saber que vamos a escindirnos.

Y escribo:

«Un hachazo de tiempo cortará nuestro beso
en un par de sonrisas circunflejas:

mucha suerte tendremos

si no

nos quedamos sin labios:

el tiempo es un manazas

sin delicadeza alguna.»

Pero no me lo creo,

ni me importa.

Lo que cuenta es hincar los incisivos

y aguantar

perforando,

prospectando,

hasta que

las mandíbulas

se nos vuelvan de piedra.

¿No sería mejor o más definitivo

petrificarnos aquí,

en este abrazo?

Por ejemplo:

ser un grupo escultórico

que adorne una crujía del infierno.

O ser una espiral de fuerte anatomía.

Qué más da.

(Ya todo el mundo sabe

qué es el laberinto,

qué representa el recinto central,

los sueños que hay trenzados

en el hilo de Ariadna.

No conviene insistir: el toro duerme,
la memoria, esa bestia
que respira en las sombras.)

Mademoiselle
la fille sage,
sans son corsage,
sans ses dentelles,
nue se contemple
dans une glace,
Vénus au temple,
pleine de classe.

Elle ignore, bien sûr, que la maison d'en face
n'a point d'yeux que pour elle en ce moment;
elle ignore, bien sûr, qu'aux plus hautes terrasses
prolifèrent des lorgnettes audaces
qui la visent fixe et lascivement.

Elle se promène dans sa chambre d'or,
jetant des regards fugitifs et anxieux
vers la glace qui, nimbé, saisi son corps
mordillé de soleil. Proie de son essor
elle sent que ses reins lui exigent un aveu.

(Aveu de sa faible délicatesse:
le corps ne reste coi que par paresse;
y si parfois, Bon Dieu, il se réveille,
il est bien superflu qu'on le surveille.)

Elle s'amusa
sur le beau sofa.

A leur manière
les voisins aussi s'amusèrent.

Et j'arrête là
cette chanson-là,
car elle se fait trop grossière.

Cuando los dioses cuelgan de las nubes,
gordos, polidos, suaves, aliteros,
las uñas de sus pies nos hieren la cerviz
(y el cielo se abarata a collar de abalorios).

La respuesta cabal es dar un brinco
para morder, y verlos, marionéticos,
encoger los zancajos en al aire,
o salir escapando por los montes,
a la recancanilla.

Gran dañación traían en la alforja;
mas miradlos ahora, cuán les duele,
qué mucho se amedrentan
de nuestros dientes
ensangrentados.
Dulce es al alma contemplar a un dios
zollipando de rabia e impotencia.
Y, sobre ello,
qué enjundiosos están, qué sabrosos:
nuestros finos colmillos se les hincan como
en un pan caliente
y su carne sin fibra
se disuelve jugosa en nuestras lenguas
ásperas.
¡Lo mejor de los dioses son las patas!
No dejéis de catarlas
cuando colgando de los dedos fofos
de las nubes
se os pongan a nivel de dentellada.
Si se toman alargas, que paguen el exceso.
Yo os lo digo,
yo que nunca llegué más allá de sus plantas
(excepto aquella víspera de nada
en que cumpliósse el dicho del cornudo
y le arranqué de cuajo el dedo gordo
a Venus Afrodita:
¡qué batalla de plumas di tal noche!);
yo os lo anuncio,
que los dioses son buenos,
bien mordidos,
y que están indefensos, pendientes de sus
cielos,
sin alcanzar la tierra.

Si porfiarnos
en el salto tenaz,
llegará el día
(con sólo que las nubes se agachen un
poquito)
en que logremos desmochar a Zeus
y dejarlo infecundo para siempre.
Ya está bien de pringarnos
la tierra
con sus hijos.
Corazón de reloj, cabeza impía,
desopilada picazón de muslos:
los machos no se comen, se amamantan.

Todos los hombres que desconoces &
conoces o recuerdas & olvidas se han
cansado al mismo tiempo de mirarte a
los ojos: una de esas tardes de
crepúsculo lento, que nunca se repiten,
agotadas.

Te buscan el ombligo con los dedos.
Al tacto no te hurtas (que jamás ocultaste la
piel), pero exiges amor, una mentira, la Oda
a tu Belleza, el éxtasis concéntrico del agua
recién penetrada por el guijarro.
Eres ciega a la lengua endurecida:
ves blanduras de amor por todas partes.

Estás convencida de que basta el
chasquido de tus dedos para que se
ponga en marcha una espesa coreografía
de enfermos incurables, de montañeros
mágicos tísicos de ti, que te pisen los
ritmos de la risa, que brinquen
espantados tus desdenes: venéreas

manadas de dulces borregos.
Zambomborra de monos masturbándose,
lo que a ti se te antoja poesía:
un encelarse según van llegando,
un arrecharse carne por la carne.

La duda no se apunta en tu liturgia
(cuando toda liturgia es un orden de
dudas): ni siquiera has pensado que los
espejos son intransferibles, que nadie te
contempla con tus ojos, que no es po-
sible amarte con la arremansada dulzura
en que tú te zapotas: te fascina tu propia
indulgencia plenaria: nadie tan adorable
como se adora.

El machiasedio, Helena, está servido:
tú vas jalando amor por las ranuras,
por la punta sorbiendo enamorados,
trocando en devociones los jadeos:
cada mordisco en el pezón, TE QUIERO;
cada dedo en el ano, ERES TAN BELLA;
cada falo profundo, QUÉ CEREBRO;
cada carga de semen/
Has tomado el amor por el prepucio.
No me cato
tan lerdo
que no sepa
discernir en los dioses la taima cuando pían
desde nidos ajenos,
haciendo fuerarropa,
sin rito,
sin pureza.
Habiendo acumulado su fealdad,
alcanzan a tentarnos una pizca.

No me cato
tan puro
que no logre
hincharme de regüeldos calixtinos y densos,
muy poco gregorianos,
metafóricos, árabes.

El dios
travestí
los recibe en el clítoris picudo
y se pone a airear la horcajadura.

No me cato
tan muerto
que no pueda
con todas las pestañas de vida que me restan
sajar una quebraja
en el espejo viejo
para ver
cómo bullen
en adobo de azogue, repulsivas,
las larvas de los dioses del futuro.
Sólo el amor te curará de Dios.
El amor es antídoto de espejos.

Yo
y tú,
en cuclillas al borde de la vida,
o tierna o cursimente,
contemplamos
los muertos.

Un olor
a cadáver
(es decir: un olor
a autonostalgias,
lo que habríamos sido

si no hubiésemos sido)
nos alza en pensamientos que nunca
pensaremos.

Me aseguro
que hay un vago crepúsculo en el sol
de medioaño
que despunta en la loma
de tu pubis.
En efecto:
me has dicho que me quieres y yo te he
respondido
que también.

En presente absoluto;
y me consta
lo que queremos
sugerir
con tales sutilezas.
Que habríamos podido,
como muchos,
mantenernos;
como muchos,
intentarlo:
amarrarnos
con la doble blandura de tu pecho aplastada
en el mío,
las bocas respirando el aliento de las bocas,
los pulmones inflados como ranas gemelas,
los sexos
encastrados.
Qué belleza.

Y habríamos podido
por supuesto
convertirnos en una simbiosis

infectada.
Preferimos
(o digamos que el tiempo ha preferido)
hacernos un amor de sexos secos,
que son
los que arden
sin ternura;
pero con eficacia.
(Tú
sostienes
que tu vida sufre:
escuchas cánticos, versos, guiños.
Mereciste tú que te dijeron los otros
cuánto saben de ti?
Jamás te negaste así a la verdad de los
amores muertos.)

**Oh, sí: estoy seguro de que vino
corriendo desde la agencia, santificada
inocente por la alegría, con una
bandada de colores locos, de ruidos
traviesos, de guiños al mundo en la ca-
beza (no piensa: sueña); estoy seguro
de que salvó los tres escalones del
portal de un solo brinco, de que subió
los seis pisos mientras comprobaba su
sonriente belleza en el espejo del as-
censor, de que se le cayeron las llaves
al suelo cuando fue a abrir la puerta,
de que pensaba (no pensaba: creía),
honradamente, qué buena noticia.
Seguro, por supuesto, seguro que no
esperaba, al entrar en el salón, de
pronto, incontenible como la luz que**

invade una habitación oscura, seguro que no esperaba la mirada redonda de la escopeta con los cañones recortados, ni el estampido, ni las docenas de perdigones en pleno rostro; seguro que no lo tenía previsto; una expresión de estupor constituyó su último segundo de belleza. Había hombres que me sonaban *ting*, como una especie de nota en el vientre, como el violín de aquel concierto de Schönberg; otros, lo más que lograban era hacerme consciente de mi silencio visceral; nada en absoluto, ninguna resonancia, por bellas que fuesen, a veces, sus palabras. A los primeros, cuando podía, casi siempre los tomaba; los segundos no existían tanto como para que yo les captara la realidad: formas, formas imprecisas, de las que a veces destacaba, sin valor, alguna característica dispareja —un anillo, un diente, un gesto, una frase, que parecían engastarse en el vacío. Ahora se pasea por el barrio, vestida con sus misma elegancia de antaño, la cara cubierta por un velo negro, espeso, cuyas tinieblas sustanciales a veces atraviesa el destello de una mirada. Si logra arrinconarte a la mesa del café, te referirá cuán bella era, cómo se apocaban las pupilas de los hombres al contemplarla, qué

brillante carrera había estado a punto de iniciar, cuántas oportunidades rechazó; te mostrará las fotos, también: el portafolios de que jamás se aleja, blanco y negro, color, primeros planos, planos medios, desnudos, experimentos artísticos, bellos trajes hermosamente diseñados sobre un cuerpo que se te antoja perfecto; que perfecto sigue, ahora que tú descubres, en el hondón del escote, marrón claro, sólido como una pequeña fruta recién madurada, el pezón derecho —y la deseas; que en mitad del placer intentes desvelarle el rostro y se te colmen los oídos de una aullido animal, sin bordes, sin modulación, inextinguible, y las uñas te desgarran la espalda, y no te quede más solución que golpearle los brazos, los hombros, el pecho (no la cara: no hay cara), con todas tus fuerzas, hasta que notes cómo desaparece el dolor, de pronto revezado por una total concentración de sexualidad en tu carne dentro de la suya, y se amuchigua el ritmo, trabado cuerpo a cuerpo celular, sientes que te alzan, te dejan caer, te dan vueltas, te absorben, te secan de toda energía, yaces con los músculos rotos sobre un cuerpo duro, y quizá deberías comprobar si tu entrepierna está intacta, si no ha desa-

parecido en la fosa orgánica que ha osado visitar. Puede, también, que te deshagas de ella en el café, con cualquier excusa, antes de que saque las fotos, y nunca más se te aproxime. Sólo concede una oportunidad. «Enséñame a jugar, te lo suplico. Las mujeres no sabemos jugar, no hemos aprendido, de niñas. Nuestros juegos eran demasiado serios, como ensayos de la fatal realidad que nos aguardaba —que nos aguarda—: los hijos, el marido, la casa. Juegos con risa, puede, pero sin locura, sin magia, sin el disparado genio de la creatividad. Querría, ahora que de todas formas es demasiado tarde, conquistar la fantasía, la incongruencia, la despreocupación, el despropósito, el ridículo, el sexo. Ah, ¿te parece que el sexo no pinta nada en esa enumeración? Errado andas, caballero de la obtuso figura; porque el sexo es juego, sólo juego, o una perfecta idiotez funcional.» «O una tragedia», por decir algo, estoy retocadamente borracho, qué más da, qué me importa, nada está en su sitio, ¿cómo voy a interesarme por una mujer que me recuerda a Juana la Loca? Deambulando con el cadáver de la belleza a cuestas. Dice llamarse Medea, pero, claro, mente: nadie se llama Medea.

Le he replicado qué casualidad multicolor, qué precisión, la del destino: yo me llamo Jasón; Jasón, embriagado, esperando a los de la panda del Argos, ya sabes, por sólo citar a los más importantes, Orfeo, Heracles, Polideuces, Cástor, Peleo, Laocoonte, el propio Argos, para seguir bebiendo y recordar cuál era nuestra recuesta cuando zarpamos hacia Lemnos, primera escala, femenil, como todas las primeras escalas de los hombres. «¿El vellocino de oro, tal vez?», sugiere Medea, rutinaria. «Oh, no, princesa, claro que no: creedme, a fe de argonauta, el vellocino de oro jamás existió, a no ser que Moisés esquilara el becerro; el vellocino fue una excusa que nos aceptamos todos, para poder abandonar nuestros hogares, los campos, los rebaños, el cultivo de la miel, la doma de los caballos, los ejercicios bélicos, el cuidado de las armas, nuestra estatura mítica (una buena coartada futura para todos los aqueos); lo que habíamos ansiado encontrar, lo que habíamos olvidado, no habría bastado como motivo —pero era importante, princesa, créeme, era mucho más importante que unos pelines de oro.» «¿Acaso la puerta sin goznes de la vagina madre?»

Acaso la ternura de los hombres, señora.

Acaso la ternura.

(Existe la ternura, que yo la tengo vista,

palpada,

sobajada,

chupada,

acariciada,

envuelta en un paquete de dedos vaporosos;

y habrá que preguntarse,

de una vez,

para qué

se sintió

la ternura

en el viejo planeta del mono acanallado.)

Yo

y tú,

sin coraje,

armados de confianza en nuestra suerte,

en la fuerza adquirida,

nos hemos entregado a la metáfora

de luchar.

Yo te he matado a ti,

por consiguiente,

sadelicadamente,

tú me matas a mí.

Un lujo de cadáveres.

Estábamos tan solos llorando en las abisas

que, de pronto,

se le habían abierto a la memoria

(no se sabe por qué:

la voluntad de la memoria es propia),

que no tuvimos tiempo de reírnos de Dios

cuando de nuevo,

indescifrable como siempre, arcano,
insistió en la erronía de tomarse
por Dios ante nosotros,
que somos Dios.
Quisimos aportarle el consuelo tardío
de nuestros comentarios
sobre lo bueno y justo de su yerro,
sobre lo lógico
de su tenaz tendencia al sacrificio.
Pero él
comprendió
que habríamos tenido que alabarlo
en el cabal momento de su chiste,
aquí,
ahora,
y optó por alejarse cabizbajo,
en busca de culpable.
Sin Dios
y sin muertos
nos pudimos aupar sobre la ola
y a horcajadas
de unos cuantos recuerdos amansados
nos quedamos inmóviles,
aguardando,
como Moisés en el Lejano Oeste,
sobre el viejo caballo,
mirando hacia la Tierra Prometida
desde el Desierto.
La iniciación estaba concluida.
Con toda la añoranza indiferente
de aquél que se ha expulsado de sí mismo;
con la cólera histriónica
del que sabe que puede regresar

y se niega
para que no averigüen que nunca se ha
marchado;
con el dolor querido de saber
que hay gentes que desean redimirnos,
que *están dando su vida por nosotros*,
mientras yo,
mientras tú,
rizamos tercamente
el rizo indestrizable
de esperar la salud por la desesperanza.
Contra añoranza, cólera y dolor,
encogemos
los hombros,
bebemos unas cuantas anestésicas nubes
empapadas
en algún elixir afrodisiaco
y bailamos,
bailamos,
bailamos los caminos
para siempre.
Como dos líneas paralelas locas
sin el menor sentido del destino.

Allegro Ottimista

«Equo ne credite, teucri.», dice Laocoonte.
Virgilio, *Eneida*, II, 48.

GAZUZA DINOSÁURICA (SONETILLO)

Deshuesad, deshuesad el dinosaurio;
servídmelo trufado y con cebolla;
si la osamenta peca de bambolla,
¿qué diferencia entre lechón y saurio?

¡No me digáis que no cabe en la olla!
En ella encuentra holgura todo engaño,
desde caramba a jolín y redaños,
con eufemismos a la sopa boba.

¡Comamos dinosaurio viento en popa!
A babor o a estribor: me da lo mismo
que la veleta se nos gire loca.

Y no me lo tengáis por esnobismo:
con pimienta y manzanas en la boca
los dinosaurios me gustan muchísimo.

DOS POEMAS COSTEROS

UNO

En todos estos cuerpos, la belleza
ha puesto su palabra
barroca y vegetal: intolerable
para el ojo desnudo.

Cansado de dulzura:
quiero un coito bestial sobre la arena,
preñar, volver la espalda,
matarme a dentelladas con los machos.

Quiero marcar las lindes con mi olor,
sentarme en una roca,
mirar al mar con la cabeza en olas,
todo sol, sólo sangre.

Maldigo lo profundo de mis genes.

DOS

Catastrófica playa: irrefutable,
se adensa la tragedia.

No por las nubes grávidas
con la baba de sol.

No por la avanzadilla
de pinos derrotados.

No por los pechos lacios
de la muchacha en sombras.

No por el viejo atleta
de la pija cianótica.

No por una pareja
que se aburre mirándome.

No por el yodo,
ni por la sal.

No por las islas
agazapadas.

Solamente por mí:
la fuerza ordenadora de mis ojos.

DE QUÉ TIEMPO

a. *Recuerdo*

Hermosos y jóvenes éramos;
paganos con el pelo enfurecido
de té y de yerba verde.
Mundo recién pintado,
clarinazo de flores
rojas, silvestres, regaladas.
Amar como cachorros, con los
músculos.

Revoluciones no: vivirlas.

b. *Contemplación*

La cucaracha puede caminar a nada que lo
intente
y peor para ella si se adorna de marihuana en
flor:
ni siquiera al ortóptero más pobre le cuadra
el despilfarro,
ni siquiera la vena acaballada justifica el
desorden.

El tiovivo
de las lecheras,
con la red floja,
pesca camellos.
En derredor,
flecós de bombas;

más importante
que nadie humee.
El peatón ventea las esquinas de azúcar
alineada.
Esbeltos hashishinos van marcando talegos
en los muslos,
con los rizos histéricos y el ojo
de vaho de diamante.
Hijos relapsos de la Madre Patria devuelven
el favor.
¿La música adecuada?
Un allegreto largo
emputecido a schotis,
bailado de cadera.
Verbena de guitarras
con el cordaje flácido.
¿Dónde pernocharán los elfos que enhadan
este barrio?
No hay suficientes ramas en los árboles de la
plaza terrosa,
ni suficientes chimeneas en las mazmorras
viejas de la Puerta del Sol.
Probablemente todos se descuerpan en un
piso vacío.
Pudor es dar la espalda.
Escaparse del rito.
Huir de la hecatombe.
Sus muertes son la plaga
del milenio: seguras,
contagiosas, inútiles.
Si venís a mirarlos, abusando del sábado,
rezad lo que sepáis por sus cuerpos perdidos.

VALIOSÍSIMO CONSEJO

No te busques,
hombrecillo:
si te encuentras,
¡qué desastre!
Qué desastre,
burguesillo,
si te encuentras
una noche
y no sabes,
pobrecillo,
qué contarte
sobre ti.

Vale más que no te pongas,
enanillo, en tu presencia.

CIRCULACIÓN POR EL LIBRE ALBEDRÍO

por ejemplo:

SALES DEL TRABAJO A LAS 17:46:05

TROPIEZAS	Tomase la autobús-	Lloroso te agazapas bajo el
TE FALLA	nada miras llega-	alero del sexto peldaño, porque
¿por qué?	satucasa click tele-	de nuevo sabes que se te desco-
EL CORAZÓN	visor conciencia-	ge el día sin haberlo vivido (he-
MUERES SIN	cia fueraduermes de	cho tú), tú que desde que na-
ANESTESIA	spiiertas vuelves al	ciste no has logrado vivir.
NEGRO	rabajo sales del tra	Al llanto reveza, en tu tioví-
(Fin de	bajo alas 17:45:07.	vida ronda de centinelas chi-
la Historia.)	(Historia circular,	nescos, la frecuente (¿violeta?)
	sin interés ahora.)	resignación; la cual, habiéndote
		vigorizado la blanda

musculatura, te permite ponerte en movimiento. Hacia tus puntos cardinales (¿carnales?), claro. Tenues, vagos, vacilantes, efímeros, tornadizos reflejos de cien millones de ojos que acaban de captar la última señal del Apocalipsis (en el que siguen sin creer, y que después no sucede). Aburridamente lasciva se te ofrece despatarrada la entrepierna de la joven tarde, ángelus de la náusea lírica. Se te aúpa a los hombros (tibieza de su sexo en la nuca) la espantable noción: ahora que eres libre (((CORO DE RISAS))), deberías empezarte. Te consta que nada te consta, constándote allén toda duda que EL LIBRE ALBEDRÍO SÓLO TIENE SENTIDO CUANDO LAS DECISIONES NO SON INFINITAS; porque ante el infinito no cuadra sino la sensata actitud de cruzarse de brazos, en espera de la vuelta de torniquete que, separándote las vértebras adecuadas, te agarrote. No obstante (con todo lo que semejante preposición adversativa de absurdo supone, acaso porque HOMBRE = NO DEFINICIÓN), empujas la puerta de cristal, por donde reza «empuje» el consejero cartel, mecánicamente decidido, y te descubres expuesto en la calle.

Sentarte en el bordillo, Enfoscarte en un tubular camino de no-junto a un perro dormido, o proseguir el llanto, Visión no Pensamiento no Calor no Frío hasta constituye la primera la portezuela del automóvil (que libre pasta tentación, vencida por dos o tres bocacalles más adelante, es la otra sencillas consideraciones socioeconómicas, tentación, que acatas con placer, como única no del todo carentes de que posee aceptables características excluyentes. destellitos políticos.

De modo y manera que te hallas sentado al volante. Arrancar gas no gas desembrague primera gas embrague gas gas no gas desembrague segunda gas embrague gas gas no gas freno punto muerto detención Semáforo: entonces se te torna evidente, te mira con los ojos ¿violeta? de la evidencia el hecho de que:

Te diriges a tu querido domicilio (fin de la historia, exceso de rutina).

No te diriges a tu querido domicilio. La obvia pregunta, que hasta el más necio de los protagonista de telefilme se haría, puede tal vez palabrarse en muy pocos voquibles: ¿A DÓNDE CREES QUE VAS?

Y TE REPLICAS

Doy un rodeo para comprar tabaco en el estanco de la esquina (fin de la historia, porque en el estanco te vas a encontrar con un viejo amigo que va a sacarte cuatro whiskies y una cena hasta la 00:15:17).

Acudo go- No tengo la menor idea. Pero zoso a la cita continúas, al acaso de la sos- con mi her- pechosa voluntad del coche. mosa pro- De nuevo gas no gas (...) En metida, que, tu sagrado cerebro, un nú- aunque de mero de células más alto que clase social el resultante de sumar, por inferior a la conjuntos ornamentales el mía, reúne en total de las estrellas de todas su persona las constelaciones (admitien- todas las do que TODO signifique algo (fin de la en tan cósmico entorno), tra- historia, por baja, impecablemente rigu- estulticia). roso, en NADA: un infusorio de enfermiza, tarada, caediza esperanza, que flamea imposible como un punto de luz en el hondón de la garganta de una boca de lobo abierta y amenazadora: otros automó- viles te acompañan, pero queda eliminada la sólita sensación de rebaño, porque tú, al menos, eres aquél que ignora a dónde va.

Te encuentras encauzado en una caudalosa avenida: honradamente afirmas no reconocerla. Apenas detectables, como pisadas de un insecto con las patas mullidas, te adivinas en la cara interior de los muslos ahogadas llamadas sexuales: piensas en Eros y en Tánatos, en cuán arduo resulta, a la derrería, descasar el deseo de fornicio del deseo de muerte: hay que morir para que nazca el hijo. Pero te sosiegas, porque sabes que ni con el uno ni con el otro apetito cabe cumplir mientras te vives engranado en la mecánica desanimalizadora del coche rojo. Por otra parte (por ende), ni te recuerdas ni te futureces: estás, como una inercia sin masa ni impulso, que recorre, sobre un plano imaginario, una línea de puntos que no existe. Es fatigoso; pero el gozo que tomas de la situación te paga todos los sacrificios. Hasta que tienes que mudar el hito de la atención, para parar mientes en que la avenida acaba y el coche no declara su propósito, y debes decidir si

I	D	D
Z	E	E
Q	T	R
U	E	E
I	N	C
E	E	H
R	R	A
D	T	
A	E	

Entonces los colores de súbito se hielan (viran al azul) y tienes veinte años y en el asiento contiguo viaja Ella y le dices que la quieres. Y, cual cumple, mantenéis conectadas las manos, y, cual cumple, os besáis ligeramente (no primeros besos) en las paradillas de los semáforos. Partículas de variada felicidad os revolotean por el interior del coche, las sílabas de todas las palabras que habéis pronunciado. Ella tiene los ojos como labios, la piel color sonrisa, las manos como metas, el cuerpo entero recién esculpido por la varita mágica. Entre los dos se tiende (setenta veces siete) un haz de fibrillas luminosas ¿violeta? ¿azules? Las recorren, como equilibristas eléctricos, los pensamientos que os entrecruzáis.

Tenéis el sistema nervioso al aire libre, luz y sonido de neuronas y sinapsis. Tenéis el paraíso, como un telón de fondo, montado en la retina.

Cada vez que ella dice que te quiere, le brota, claro está, un capullo de galaxia al Universo.

Los guardias, vestidos de arlequín, os saludan.

Los paseantes, de acera a acera, os arrojan ciertas serpentinatas.

Tú quieres recitarle el último poema y te sale un soneto que alguna vez leíste.

Día por día, primorosamente trenzado, le ofreces el futuro.

Pero hay un enano sentado en el asiento trasero; que te apoya la mano en la base del cráneo; por cuyos dedos te fluye a la mente la palabra:

EL MOMENTO TE HUYE.
ERES

(Fin de la historia, porque la pausa da lugar a que se reinstaure la querencia de hogar.)

Freno desembrague freno, freno, te desencajas del coche, arrostras un árbol. Lo contemplas: extiendes hacia su fuego los dedos aterridos. Tiemblas, te anega la vida: eres la cresta (o el valle) de una ola de energía; en el estómago te crece un arbusto que vibra, como un acerico de centellas.

Cuando abres los ojos (o vuelves a ver), sentada en el suelo, desnuda, con la espalda apoyada

Te das acato entonces de la descomunal distancia que has llevado las fronteras de tu soledad; del inmenso chatarral de posibilidades caducas que se te ha ido amontonando alderredor. Las ruinas no tienen mañana, y no eres capaz de concebir un nuevo sol sobre un día distinto. Sabes exactamente qué recoveco de tu alma van a iluminar las luces recién advenidas, una tras otra.

Sabes, con llena certeza, en qué clave va a gañitar tu desespero cada vez que sin querer le roces una cuerda.

Pero sabes que nunca has preguntado a un amigo, en el tono de voz necesario, ¿QUÉ TE OCURRE?

Pero sabes que nunca has mirado los ojos de nadie con ánimo de recibir su mirada.

Y en la soledad te has sostenido incluso en aquellas feria-

GIRAS

Y

DE FRENTE

Estelaramente rápido
Como un punto final
se aproxima hacia ti

el otro automóvil que tú conduces.

**OCULTÍSIMA CLAVE
PARA COSMONAUTAS ESOTÉRICOS**

Yo, que sabe soñar, tengo un amigo:
sus sueños resoñados
son blandos de vivir,
de siete a nueve.
Pero nadie se esfuerza.

Mientras nosotros
(los que seamos)
tripartimos triviales
sobre los dientes
de la vagina.

En tanta demasía solemos aburrirnos,
que nos vamos muriendo por orden indeciso.

Los que viven,
al Santo
se consagran
Cultivo
de en bosques la verdura
de estroboscopios.
O píldoras letradas
tan funcionales ¡ay!
tan arriesgadas
por el olor del ritmo de la luz.

A mi amigo le basta con el pubis
de una estrella de cine:
putuberante bajo el traje blanco
ceñidísimo.
Lo sueña con las manos.

Hay quien come semillas de petunia.
Son los pobres,
los que pierden la vista
en su Primera Comunión.

Soñar, de sueños, el que sabe tiene
completos los catálogos.

**UNOS MILES DE TIGRES
EN BUSCA DE ENFERMERA**

El día de los tigres de lentísimas zarpas,
de los tigres nictálopes, con las venas de luz,
de los tigres cansados, en los pasos de cebra,
de los tigres mordidos por colmillos de acero,
que buscan en la noche la fiereza intuida
y encuentran solamente los mocos de la infancia.

El día de los tigres que nunca ha alboreado.

BILLETE DULCE A LOS POETAS

Se arrancan la careta: son poetas.

Bajo la piel no esconden
más que la dulce carne humana.

¡Os amo!

¡Eh!

Oídmе, bellos,
bellísimos poetas sin la máscara:
hablad,

que la palabra llega.

Va a encontraros hundidos en palabras,
sucios de retiros estéticos,
sordomudos

visajistas

por guiños al compadre,

por quejas en clave de sí,

por misterios de tules secos:

babosas con los huesos metafóricos.

¡Hablad!

Y a quien se calle
que le coman la lengua las hormigas del ritmo.
Decíos de una vez.

Bellísimos poetas:

¡sin caretas!

Se murió el decorado;

la inocencia rechaza coartadas;

los focos en los ojos perdieron el insulto;

la loa es un capricho de costumbre.

Si cabe ser de pluma y ser de carne,

si la gente,

la chusma,

los chiquillos,

os han reconquistado las aceras,

si de cierto se sabe que la vida ha prendido

en tres o cuatro brotes cerebrales,

¡dad los labios,

poetas,

fuera embozos!

¡Mostradnos la palabra!

Hablad,
y a quien se calle
que le coman la lengua las hormigas del ritmo.

Os amo:

¡eh!

Oídmme, bellos:

os amo tanto.

Desnudaos.

Enseñadme los bíceps,
los muslos esculpidos,
los falos bien cortados,
las mamas afrodíticas,
las vulvas de primor,
los vientres amorosos.

Enseñádnoslo todo:

que aprendamos

a ignorar en el cuerpo su cadáver.

Y el que no tenga carne,
que se amortigüe el hueso.

¡Abajo el antifaz de raso!

Recoged las palabras de la huida dispersa.

Reivindicad los verbos que os han estado usando los

zorros exquisitos,

los que ladran en nombre del Señor,
o los otros,

los niños jautos,

que tapan con miniadas decadencias
venecianas de barcos de papel
el cerrado silencio de sus vísceras.

¡Que les aplauda el crítico de las manos pulidas!

¡Dejad al Editor en su cuarto de baño

jugando a las promesas de siglillos de oro!

Allá los impostores y sus versos capones:

haced que se suiciden

con la aséptica espina de una rosa de plástico.

Hablad,

y a quien se calle

que le coman la lengua las hormigas del ritmo.

Cada verso un intento de homicidio.

Lo único que cuadra

es que no quede piel bajo careta,

que salgáis de debajo de los libros,
que os espulguéis las citas,
que implantéis el desorden en todos los archivos,
que dejéis de contar bellezas con los dedos,
que habléis en vuestro nombre,
solamente,
que no toméis prestado el sentimiento.
Poetas,

 a la calle:

 anegad el poder,
danzad las dictaduras,
brincad los apellidos,
pecad contra el dinero;
 delinquad,
que el que no es delincuente no es poeta
y no hay más ser humano que el poeta.

Poetas, por favor, cread el mundo.

EXPLICACIÓN

Porque está mal creado:
sin imaginación, sin gusto, sin amor.
Un esquema perfecto
en el que sólo lo mediocre encaja.

Es menester un hálito de belleza quemante
que destruya y recree.

CONFESIÓN

La única esperanza a la que quedan
unos cuantos jirones
de carne por los huesos.

Tratemos de la enjundia del amor.

Largo Penseroso

Y cada cual siguió el camino que había escogido; y por puntos diversos se fueron adentrando en el bosque, allí donde más espeso lo veían.

La Queste del Saint Graal.

ELEGIR DESNUDÁNDOSE

Magia menguada a rito:
la puerta que se abre
cierra todas las puertas.
Al cabo del vacío pestañea el misterio.

Por elegir se rompe
el sello de las dudas:
Pandora de certezas.
La esfera es el más necio de los cuerpos
geométricos.

Nada puede añadirsele.

REDUCCIÓN A CERO

Geranio triste⁸ en punto:
las siete de la tarde;
si lloviese caerían
milagros acertados.
Leve neón en polvo,
sabe a caspa en los labios:
yo no soy la ciudad,
sucio voy de inocencia.
Santón amortiguado.

¿Dó quedan los rostros?
¿Dó ronca el hallazgo?
¿A quién no estoy viendo?
Belleza evitada.
No notes ausencias;
todo suma todo,
todo qué más da:
lo total es fácil.
Brutal el matiz.

Lo que conoces
te hace más débil:
sin la ignorancia
no hay vida eterna;
los ojos sueltos,
la lengua fofa,
la pija inane,
la beatitud.
Ángel idiota.

Nunca más
decir no,
decir sí:
no lo sé,
qué me importa,

⁸ Linneo clasificó ciertas plantas según la hora a que solían florecer, y dio el nombre de *Horloge de Flore* al cuadro resultante. En tal reloj, el «geranio triste» marca las siete de la tarde.

faltan datos,
brava excusa.
No dar huellas.

Gas ambiguo.

Que me
definan
sin frasco,
volátil;
sin forma:
no llevo
los huesos
montados.

Desmiro.

Me
canso
de
ser;
sed
vos
sin
mí.

No.

()

ARRANQUE CENTRÍPETO

La atalaya encimada es el símbolo
de una mirada imposible: de Dios
que avizora la muerte,
que te avisa:
«lávate ya, que vienes a mí.»

No es verdad; sólo ganas de Dios;
sólo exceso de yo, de impotencia
para ver en la vida
otra cosa
que una vagina hacia el Paraíso.

Nacer, nacer, nacer. Obsesión
de todo lo nacido. Nacer
a la vera de Dios. Nacer,
no morir,
no devolver la vida; seguir

calentado por Dios; con el yo
beato pero vivo; mirando
desde el centro,
comprobando
que la Gloria también es entorno.

Y profiero morir en un rincón;
partícula sin centro; mero hombre.

MEDITACIÓN POLÍTICA

Sólo una forma humana
de democracia:
que cada cual elija
sus propios héroes.

La perfecta Anarquía del Olimpo.

VILLANCICO

Este niño
que nace
sin padre
es el Sol:
el padre
del padre
de los padres.

Dios caliente y visible:
que tu infierno de sombra
acoja a los que venden
religión por espíritu.

Dios que tuestas, amén.

ORIENTAL

«Nir dvandva: tat tvam asi⁹»
 de karuòâ engreído
 dijo el Sabio; tu réplica:
 «Yo tengo este pezón entre los dientes
 y no soy de su carne, buen brahmán.
 Me niego a todo otro; yo soy yo
 y allá mis adorables circunstancias.»
 Fue en tiempo antiguo; ahora
 sé que soy un pezón
 mordido por tus dientes.

⁹ El brahman es idéntico al yo (âtman) de todos los seres (tú eres aquello, «tat tvam asi»). La voluntad trasciende la relación sujeto-objeto y es, por ende, no dual (nir dvandva).

La dualidad (dvandva), por otra parte, es un espejismo de la esfera del espacio y del tiempo (mâyâ): tanto nuestro temor a la muerte (mâra), como nuestra tendencia a los placeres de este mundo (kâma) derivan de este múltiple espejismo, del cual se obtiene el alivio (mok^oa) sólo cuando el miedo a la muerte y el deseo de alegría se extinguen en el conocimiento (en sánscrito, 'bodhi'; en griego, 'gnosis') de la no dualidad (nir dvandva: tat tvam asi). Así se obtiene el sentimiento de la comprensión (karuòâ).

MITOLÓGICA

Erato enamorada
de Príapo el botiondo:

la más hermosa
pornografía:

fálica,
lírica.

Falta quizá la Ninfa diminuta,
la Clítoris que a Zeus tornó hormiga¹⁰.

¹⁰ La «ninfa Clítoris», tan pequeña, que para haber juntamiento con ella hubo Zeus de trocarse en hormiga, es invento de Fernando del Paso en *Palinuro de México*.

GRACIAS

Por la raíz
cuadrada
de las musas,
te lo juro,
artista:
las triples Gracias
son triplemente nuestra Madre Única:
Áglaye idiotizada ante el dios de los éxtasis;
Talía en el exilio de la infancia;
Eufrosine rebelde.

Tú siempre elegirás tu dueña.

CREDO

Único Dios, Apolo.
Para abrazos y besos y copas y muslos,
para cantas, navajas, guitarras y llantos,
para el presente, tú,
Dionisos, nuestro amigo.
Apolo es la esperanza
de humanizar el sueño;
las musas, los peldaños,
las vías de pureza.

Jamás aceptaremos más retrato que Apolo.

EN EL CAMBIO

Quien se afinca en un tiempo y un lugar
es casi siempre el dueño del presente.

Pero, a veces,
en las épocas
de crecida,
de renacer;
en los momentos críticos,
de la omega hacia el alfa,

llega el hombre de todos los tiempos y lugares
a podarle los muertos al presente podrido.

Sólo lo eterno cambia.

HABLA LA AMADA

«**T**an nuestro es este infierno, tan propio, que sus
llamas,
nos queman como orgasmos en las notas agudas.»

(yo & tú & nosotros & tú & nosotros & yo)

«Tan nuestro es este cielo, tan claro, tan bendito,
que el largo pizzicato de tu lengua en mi ninfa,
como a una esclava ebria,
me baila la cintura.»

(yo & tú & nosotros & tú & nosotros & yo)

«El Señor eres tú, y no hay más Gloria
que tus ojos sentados a mi izquierda.
El Señor eres tú, no hay más Infierno
que tus ojos ausentes de mis ojos.»

El cielo es ser mirado hasta el desnudo.

DUDA

Todo lo que captamos por medios estrictamente físicos o sensuales nos ofrece, al dorso, una visión de la inmortalidad, la otra cara del yo percedero.

La aprehensión de mi propio ser equivale a un sondeo en el ser general de la vida.

Método con muchos nombres: amor, inspiración, comprensión.

Quizá no exista la voluntad de vivir, sino la de ser vida. Donde Eros y Tánatos serían gemelos.

CREO EN EL MAR

Perros al mar: sus sombras
son de fiera; ellos mansos.
Le ladran a una higuera,
jaima hirsuta de nómada.

Tierra seca de ríos
escondidos, inútil
agua de dios avaro.
La caricia del mar en la playa es la única hégira.

Evoca la ternura.

BIOLOGÍA APLICADA

El macho de la mariposa *Eumenis semele* es un mínimo ser insatisfecho: le gustan las hembras oscuras; tanto, que si le ofrecen una pareja falsa, de papel o de plástico, pero de color más arrebatado que el que Natura puso en las alas de sus novias, el macho en celo elegirá la ilusión.

¿Inclinación al Absoluto, no saciada por la realidad?

A qué sorprenderse: lo que podemos llamar «propensión a la belleza» (admitiendo lo aborrecible del término) carece de freno o tope, y ha de tender a lo irreal. Ni existe ni es concebible un nec plus ultra de la hermosura, más allá del cual toda propuesta se rechace, por excesiva. La experiencia nos enseña que la vida carece de límites fijos, insuperables. O, dicho de otro modo: el máximo es una convención poética que deriva su fuerza precisamente de su incredibilidad.

(Eres tú la más bella, sin embargo.)

ADMONICIÓN

La palabra hace esclavo.

La verdad se aprehende
por iluminación:
al albur de los genes,
espejos que esquinean.

Un billón de posibles historias se combaten,
se eliminan y ayuntan en una historia única.

La mía.

Las palabras no son más que los pasos fijos
del programa social; lo ya pensado.

Para ignorar y estar seguro,
hazte una mente de palabras.

TODA PROMESA ES NECESARIA

Piquete & demoler & latido:
se me desmiga el corazón
en ruidos; se me agotan
laterales, los ojos.

Ya va quedando escasa vida.
Cuando más cerca del final,
mucho más ancho el ángulo,
amplísima la meta.

No es posible cumplir con el futuro.

Me salva la astucia del llanto;
esa lágrima a tiempo, vieja:
llorar mi funeral
y olvidarlo a priori.

Es recordar la propia muerte
lo que me otorga perspectiva:
en la nada no hay tiempo
que perder; a vivir.

Para llenar la sima del futuro.

LAS CUATRO ESTACIONES

Primavera: tormenta
en los ojos abiertos;
lo que tocáis es vuestro sin cuartel.

Verano: la delicia
de desplegar el orden;
de buscar y encontrar lo que se vive.

Otoño: breve aviso;
mientras podáis, creced;
llenad el almacén de la estatura.

Lo que sigue es invierno:
terror del individuo
que se toma por más que la semilla.

Primavera: tormenta.
Verano: la delicia.
Otoño: breve aviso.
Lo que sigue es invierno.

DEFINICIONES

Fallecedero es el amor;
inescrutable su cadáver;
pero nobleza estriba en darse a lo que muere:
el amor con los pies en el futuro
es inversión rentable, atriaca
contra la fea soledad.

En un punto de hervor
el amor quiebra el tiempo;
sólo el presente es menester:
ancho como un olivo viejo,
depósito de numen,
esponja de los dioses.

No te agotes
en el cálculo:
da al futuro lo suyo,
quiromancias, horóscopos;
en tu amor,
aposéntate.

Adivinar es darse para siempre.

CARTA DE BREVE BATALLA

¡Exijo la belleza,
la perfección,
la orgía,
la dispersión sin límites
del amor!

Revolución en orden:
apestas a zoológico.

¡Quiero batirme en duelo por mi amada!
Quiero morir sin compromiso alguno.

La libertad no tolera destino.

FELIZ CADÁVER

Como muerto dichoso, recién resucitado,
en tu búsqueda voy, con las manos sin carne,
dejando en el camino un rastro de lombrices,
contándome los huesos, por si me falta alguno.

(Cadáver

perezoso:

no meriendes

luceros:

horóscopos obscenos, satisfechos,

te miran.)

Apesto a lo que soy, a muerto remediado:
más que entrepierna vieja que no conoce el agua,
más que jamón podrido con puses de manteca,
más que un discoteca de rítmicos sobacos,

más que aquel

corazón

que con tanto

respeto

me amaba con pudriente exactitud

y digería.

Voy a encontrarte en el lugar preciso:
donde el sol, por su torre, abre a la tierra
una puerta de sombra del infierno innegable.
Brotaré de lo hondo con el fuego en las manos.

Un fuego

que mirado

por tus ojos

será

hogar en el que arde la delicia

dorada.

Te amaré hasta los frutos de mi muerte.

SENTENCIAS

Hay que sobar el borde de las cosas,
el lomo que encuaderna la esencia y la apariencia.

A veces,
a ratos,
vivir,
si no te importa,
la experiencia.

* * *

La experiencia y vivir,
al palpo,
a ciegas,
tiernamente las manos.

* * *

Manos.
Sedeño paraíso,
tu cuerpo:
cortinas que se corren con delicia,
mecánica de la piel.
Te amo.

* * *

La amo.
Y ¿qué vas tú a añadir, endecasílabo?

* * *

Tam-tam de mi carne en la suya:
único ritmo,
húmedo ritmo.

* * *

Monótono.

La soledad convida a la masturbación.;
pero tú por mis dedos:
somos varios.

* * *

«Yo somos tú», dijiste, mentirosa:
yo somos calma, rosa, rosa.

* * *

Rosa enhestada, rosa de mi lengua:
vibraciones talladas, escultura vibrante.
¿Y si así para siempre,
eternidad lisérgica?

* * *

Una versión diminuta de ti:
en la mirada, a veces, el ónice mágica.
Besarte el pelo.
Gracias.

MUSICAL

¡Profunda como un sexo,
campanilla,
violín,
celesta repartida,
luquete
de limón!

¡Oh dueña de tus muslos,
xilófono,
costillas,
timbales como nalgas,
gotitas
de angostura!

Te beberé la música del cuerpo.

HALLAZGO

Bajo tu piel hay aguas
de placer escondido.

Zahoríes los dedos.

ESTROFA HÍMNICA

Sutilísimo cufro: bello,
tierna entraña habitable, húmeda,
recién creada, creadora.
Rojísima morada.

DIADEMA

En la Tierra de Nunca Jamás de la Dama del Lago
las Colinas Amables ocultan una gruta bellísima.
De cristal hay en ella una cama que es el altar de
Minne¹¹
sobre el cual nuestro alegre fornicio ha sido
consagrado.

Desde entonces llevamos la luz en la cabeza.

¹¹

*Minne no es hombre ni es mujer.
No tiene cuerpo ni tiene alma.
A nada concebible se parece.
Su nombre es conocido, no su esencia.
Y, sin embargo, nadie más que ella
la bendición de Dios tiene adquirida.*

Anónimo antiguo francés.

LA FOSSIURE À LA GENT AMANT¹²

(yoNOS & túNOS & nosOTROS)

Exacta la belleza: desde el mármol
a los ventanos: pétalos de sol.
Lecho fantasma sobre mar de luz:
fino polvo de música en el aire.

(nosTÚ & nosYo & nosOJOS)

Todo ritmo es el cuerpo:
piel & palabra & ternura;
húmeda carne & arroyo.
Detrás de la alta puerta.

(tú somos yo: nosLABIOS)

¡He estado aquí contigo tantos siempre!
La eternidad es un nudo gordiano
de dos cuerdas de tiempo; una esfera
minúscula y densísima de vínculos.

(yo somos tú: nosDEDOS)

Detrás del alto bronce
sin llave ni cerrojo,
el círculo de mármol,
la cama de cristal.

(tuyamente yo mismo)

La palabra es el eco de la especie:
callamos; por la carne, somos tú,
somos yo, y esta gruta es el óvulo
en que todos los tiempos se nos nacen.

Transparentes de amor.

¹² Gottfried von Strassburg: *Tristan*.

PRIMICIA

Era breve la noche;
tú, honda, la ensanchaste
con el asombro de tu cuerpo.

Fuiste inmensa, y contigo,
llevado de tu goce,
quedé aumentado a mi tamaño.

Nunca más el silencio ante tus ojos.

IMAGEN

Belleza sobre amor: cansadamente
tus ojos extremados en los míos.
Cabe tu piel recién vivida late
mi piel a borbotones; por los sexos
el risueño color.

Jamás hubo un Edén sin nuestros cuerpos.

KANDINSKI ESPERANZADO¹³

Sólo la perfección
es lustral; sólo ella
redime del infierno
del frío tras el fuego.

Por consiguiente, sólo el paraíso.

O,
quizá,
la creación:
el roce de la yema de mi dedo
con el ángulo blando de tu hombro.

¹³ Dedo de Dios / Adán : Triángulo / Circulo.

LUZ

Por tu goce de soles diminutos
ando planeta con la noche clara.

Gozando por gozar doblado el goce.

LA MÚSICA DE LAS ESFERAS (TURANGALÎLA¹⁴)

Entre la Tierra y tú, que eres la bóveda,
están los siete velos planetarios;
pero las nueve hijas
del recuerdo y de dios
me ascienden
hasta ti:
pureza
desnuda.

Tierra ☾ S T Q U V W Cielo

Do Re Mi Fa Sol La Si

Ag Hg Cu Au Fe Sn Pb

Talía

Clío

Calíope

Melpómene

Erato

Euterpe

Polimnia

Urania

Renuncio a los metales y a los signos;

soy Salomé ante Herodes: ya bailé;

por el vientre desnudo

tengo el ombligo hambriento:

rechazo

los vestidos;

de carne

a carne

charlemos suavemente de los frutos.

La pureza es semilla.

¹⁴ **Turangalîla**: canción de amor. Recordemos la imposible sinfonía de Messiaen.

POR USAR LA PALABRA

Hueles a luz vibrada, sostenida.

Perfume de color de la flor sin perfume:

ella verdisonrisa: olor a ti.

Perfume de sonido de la flor sin perfume:

ella susurro TÚ tonal cromática.

Angélico calor en las mejillas.

TESTAMENTO

Si muriésemos viejos,
mírame tú morir,
con la ternura

con que sueles mirarme
cuando me crees absorto
(a hurtadillas).

A quien quiera quemarlo
déjale mi cadáver:
tú da fin

a la vida que hicimos;
calienta mi recuerdo
y muere
grácilmente
cuando quieras.

SIERVO LIBRE DE AMOR

La prudencia, ante el riesgo; ante tus muslos,
paciencia:

no son para tomarse en una hora.

Creemos el ambiente y el color:

al trasluz

una rosa.

Nunca

había en este cuarto habido rubio;

no

ese pubis dorado

quemadizo;

nunca.

La sorpresa relumbra en las paredes
más que los toques fofos del crepúsculo;

mis dedos

vientecillos

se agazapan

—hombrecidos: antiguos y pausados—

entre cálidos valles temblorosos.

Por la piel

a la leva

de placeres.

El compás del aliento

los tempos determina:

los ritmos

consentidos,

la espesa

geometría.

De pronto se me ahoga una mano en tu vientre
sin rescate.

Pide cuerpo tu cuerpo, yo me aplazo;

pide mi cuerpo cuerpo, tú me anegas.

Somos ternuras paralelas:

nada

reclama sin embargo un infinito.

Los pezones te emergen tras siglos de escondite

bajo la arena: son hallazgo

encantador y concluyente.

Encaje exacto, hondura
caliente, blanda, elástica y humana.
Tu placer halla tope y va extendiéndose
hacia las piernas que me están ahormando
la cintura;
hacia
el pecho enardecido;
hacia
la claridad ferina de tus ojos;
hacia
la boca desafiante.
Eres más fuerte que tú misma y sabes
cebar el estallido.
Deja,
deja que venga,
déjame
recibir tu seísmo,
deja
que me revuelque
en la fluida fuerza arremansada,
el barro seminal de tu estatura;
que te note perder toda dureza,
que flote como un átomo asustado
sobre el calor
de un cosmos
hogareño.

Tan pronto como emprendan el regreso los músculos
seguiremos
haciendo eternas breves
partículas de tiempo.
Menester es buscarte las fronteras,
los límites,
el final de la carne,
que te quedes vacía,
rebosarte de nuevo. Seguir
en este cuarto
rubio,
en esta santabárbara de orgasmos,
sobre ti,
junto a ti,

montura tuya.
Desde el foso mirarte.,
turrís eburnea,
mujer enorme,
temblores, contracciones, creciente alud de gozo
que me sepulta a tiempo de cubrir
mi espiral
de desmayos
eléctricos.

Tengo tu pelo rubio oscurecido
por el sudor
cubriéndome
los hombros y llenándome
la boca.
Hay un sol vespertino que encobrece
la blancura quemada de tu piel.
Huele a ti, y en mis labios
hay tu sabor.
Respiro
y siento en los pulmones un crujir de alabanzas.

He regresado a casa.
Se me ha olvidado Circe.
No fue nada.